



EL NIÑO Y LA MAGA

FANTASÍA

¡Cuán risueña es el alba de la vida,
esa mágica edad de la ilusión,
en que vegeta el alma adormecida,
ajena de inquietud y de ambición!

¡Cuánto se vive alegre y sin recelo,
cuánto se goza lejos del pesar,
llevando nuestro débil barquichuelo
de la existencia por el negro mar!

Entonces, sin pensar en quien nos hizo
ni el vano mundo y su placer traidor,
gozamos por el día tanto hechizo,
y dormimos la noche sin temor.

Que es el niño atrevido marinero
que al mar se lanza, si inexperto, audaz,
satisfecho con ver cómo, ligero,
va por las ondas su batel fugaz.

¿Qué le importa el murmullo de la brisa,
á quien sigue tal vez el aquilón?
—Navegaré, le dice, más aprisa,
del blando viento al compasado son.

¿Qué le importa que el agua se alborote,
tormentosas alzando olas sin fin?
—Irá, se dice, mi extraviado bote
á dar como el que dejo á otro jardín.

¿Qué le importa que bajen las tinieblas,
la noche desplomando sobre el mar?
Él dice:—Cuando pasen estas nieblas,
ya me vendrá otro sol á despertar.

¿Qué importa que en espejos quebradi-
hiervan los lomos del gigante azul? [zos
Él mira en ellos sus flotantes rizos,
de la neblina entre el espeso tul.

¡Cuánto es alegre la niñez sencilla,
que en el bajel de su inocencia va
libre y segura, sin perder la orilla
del mar que al lejos rebramando está!

Duelos, dejadme que los lindos sueños
loco recuerde de la edad pueril,
que mire de la vida los empeños,
desde su verde y delicioso abril.

Dejad que vaguen mis cansados ojos
de árbol en árbol y de flor en flor;
del sol brillante á los destellos rojos,
que al universo dan vida y color.

¡Vida! Blanco y risueño panorama
para el que nace en virgen ilusión;
desierto, do eternal el cierzo brama
para el que lanza en él su corazón.

¡Vida! Fantasma bello y mentiroso,
cuanto halagüeño en tu ilusión fatal,
yo miraré con ojo receloso
la luz de tu fantástico cristal.

Cantaré tus estériles placeres,
y entre tus flores escondida red,
la loca tentación de tus mujeres,
corrientes que no templan nuestra sed.

Que si nacemos á la amarga vida
riendo lo que habemos de llorar,
yo quiero mi existencia dolorida
gozar llorando, y mi dolor cantar.

I

Es una bella aurora,
fresca, purpúrea y clara,
en que va murmurando
por la floresta el aura.
Las hojas estremece
con las sonantes alas,
cruzando fugitiva
por una y otra rama.
Ya por el blando césped
silenciosa se arrastra,
robando sus perfumes
al tomillo y la grama;
Ya en torno de los troncos,
de las encinas altas,
columpia en sus cortezas
las ramitas enanas.
ya de la limpia fuente,
en la repleta taza,
arruga, trenza y riza
los hilos con que mana.
Es un jardín florido,
henchido de fragancia,
que á par enriquecieron,
con afanosa maña,
naturaleza fértil
con su silvestre gala,
y la incansable industria
con su rica elegancia.
Aquí, por los linderos,
las violetas moradas
matizan de los céspedes
la vívida esmeralda.
Allí, de clavellinas
entumecida mata,
sus infinitos hijos
á sostener no basta.
Allí, las anchas rosas
su pabellón de grana
extienden, afrentando
las azucenas blancas.
Allá, el cárdeno lirio
se eleva con audacia,

de azules pensamientos
su raíz tapizada.
Más lejos, un geranio
que aroma el aura mansa,
envidia á los ranúnculos
las tintas soberanas.
Y allá, entre sauces verdes
que humedecen las aguas,
entre sonantes hojas
y retorcidas varas,
en cargados racimos,
madreselva olvidada
convida con sus flores
amarillas y blancas.
Ni faltan en macetas
y transparentes jarras,
pomposos tulipanes
que sus capullos rasgan.
Sobre ellos, cuidadosos,
tienden sus hojas anchas
los fértiles naranjos,
las corpulentas hayas.
Hay en su bosquecillo
de mirtos y de acacias,
en una placetuela
de rosales cercada,
una anchurosa fuente
que en torno se derrama.
Está el pilón colmado,
y en medió se levanta,
sobre dos pies de jaspe,
de alabastro una taza;
y mil vistosos peces
en su remanso nadan,
que asoman, atrevidos,
la fugitiva espalda.
Se escuchan desde lejos
la música liviana
con que murmuran leves
las revoltosas aguas;
y en su cristal inquieto,
el sol que alumbró el alba,
saliendo reverbera
con luz tornasolada.
Sentado en las orillas
por do la linfa clara
desde la limpia fuente
bullendo se derrama,
deshojando unas flores
que el arroyuelo arrastra,

miraba el niño Adolfo
cómo las lleva el agua.
Su imagen la corriente
trémula le retrata,
los ojuelos alegres,
las manitas nevadas,
la blonda cabellera
tendida por la espalda,
la frente ruborosa
y la sonrisa cándida.
Soñaba, desvelado,
inocentes fantasmas,
que á la niñez tranquila
espléndidos halagan;
de esos delirios puros
que fugitivos pasan,
y aduermen los sentidos
sin que los sienta el alma;
ilusiones magníficas,
con cuyas sombras mágicas
los gozos se deshacen
de nuestra breve infancia.
Ceñida de una nube
de vaporosa gasa,
que el aire llena en torno
de suavísimo ámbar,
de rosas y azucenas
la frente coronada,
prendida en ricos pliegues
la vestidura blanca,
salió de entre los mirtos,
con cautelosa planta,
una ilusión dichosa
de paz y bienandanza.
Las flores en sus tallos,
por donde aérea pasa,
se esponjan y enderezan
y doble aroma exhalan.
La brisa en torno suyo
murmuradora vaga,
y entre las hojas verdes
se enreda y desparrama.
Colúmpianse las copas,
los ruiseñores cantan,
las tórtolas arrullan
en amorosas cláusulas,
y todo en los jardines,
al paso de la Maga,
respira la ventura
de juventud colmada.

Tomó la mano de Adolfo,
que sobre el césped descansa,
quien, al verla tan hermosa,
entre sus brazos se lanza.
Los negros rizos la coge,
la besa la frente casta,
en sus pupilas se mira
y en su sonrisa se embriaga.
Ella á su seno le estrecha,
le acaricia y le regala,
no como madre afanosa,
sino como amante hermana;
no como en signo de albricias
de un hijo perdido que halla,
como quien se alegra hallando
con quien dividir sus galas.
Adolfo se la sonríe
y el blanco cuello la abraza,
admirando su hermosura
con infantil confianza.
—Óyeme, Adolfo, le dijo
halagándole la Maga:
Si tú quisieras conmigo
vivir....., tengo una morada
llena de fuentes y flores
y de deleites y galas;
tengo palacios de oro
suspendidos en montañas,
en un país no lejano,
á quien *Existencia* llaman.
—¡Oh! ¡Por cierto que eres rica!
—Lo que imaginas es nada:
todo el universo es mío.
—Pues ¿quién eres?—La Esperanza.
—Y ¿estarás siempre conmigo?
—Iré siempre donde vayas.
—Pues vamos donde quisieres.
—Sígueme, pues, que ya tardas.—
Siguióla contento Adolfo
y á una señal de la Maga,
de aquella anchurosa fuente
dividiéndose la taza,
tornóse en un canastillo
que se columpia y resbala
de un claro y tranquilo río
por sobre las ondas mansas;
y entrándose confiados
en tan vacilante barca,
dejáronse ir sin recelo
á los caprichos del agua.

II

Audaces surcando las aguas serenas
al lánguido impulso del aire sutil,
tocaron opuestas las limpias arenas
que el río aprisionan al otro confín.

Posaron la planta donde ancho camino
el paso les abre de vasta región,
que pródigo y rico regala el destino
y espléndido viste de ocioso primor.

Allí, en los linderos, vistosos jardines,
de cuyas florestas el fin no se ve,
empiezan, y orlados de azahar y jazmines,
alfombras de flores encuentran los pies.

La luz es continua, de un alba rosada,
que presta al ambiente purísimo azul,
y un céfiro el aire, cuya ala aromada
refresca la tibia ilusión de la luz.

Doquiera en las hojas del árbol florido
se siente escondido
al mirlo trinar;
doquiera en la hierba menuda se siente
la rápida fuente
saltando brotar.

Doquiera volando sutil mariposa
columpia una rosa,
sacude un clavel,
las alas ufana mostrando á las flores,
de ricos colores
pintadas también.

Doquiera arrastrando su casa con pena,
sobre una azucena
se ve al caracol,
que tiende los ojos al sol generoso
pidiéndole ansioso
consuelo y calor.

Doquiera en las ramas colgada la oruga
sacude y arruga el sonoro cristal,
que en claros espejos, ó en líquidos hilos,
en lagos tranquilos posándose va.

Doquiera en las ramas del álamo verde
á lo alto se pierde en movible ilusión,
meciendo la bella oropéndola el nido,
que anima tendido, benéfico el sol.

Despliega pomposa á la luz con que brilla
la pluma amarilla,
que ostenta fugaz,
abriendo esponjado y en círculo rico
el triple abanico
que tiende al volar.

Aquí no se encuentran ni sauces lloro-
ni en lúgubres sonos [nes,
agita el ciprés
la fúnebre punta, cual hacha mortuoria
que alumbra la historia
pasada de ayer.

La espléndida lumbre del sol nose apaga;
sin término vaga
la brisa sutil;
la noche carece de sombra importuna,
ni deja la luna
jamás de lucir.

Del mar á lo lejos se siente el murmullo,
cual lánguido arrullo
del aura no más,
cual banda de plata que el puro horizonte
tendió sobre el monte,
tapiz de cristal.

Allá en sus amenas tendidas riberas
á do pasajeras
se van á perder
las ondas sonoras, en tiendas de armiños,
tan sólo los niños
alegres se ven.

En lechos de rosas, jazmín y claveles,
bajo almos doseles
de plumas de luz,
reposan tranquilos sin noche ni día,
sin miedo á la impía
desdicha común.

No acosa su mente recuerdo pasado,
que sólo han gustado
la dicha y placer,

porque es la ribera del mar de la vida
la casta, florida,
tranquila niñez.

En ella comienza dichoso el camino
do puso el destino
tras linde feliz,
de nuestra existencia tristísimo aciago,
el árido y vago
desierto país.

¡Oh! Cuando dormimos al pie de la cuna,
es todo fortuna
deleites y paz;
el día es tranquilo, la noche serena,
la selva es amena,
frondoso el erial.

Las lágrimas puras que entonces se vier-
acaso divierten [ten,
en vez de doler.....
¡Vereda dichosa! ¡Portada florida
por do entra en la vida
la dulce niñez!

Adolfo y la Maga cruzaban por ella,
y el niño, tan bella,
tan llana la halló,
que andaba embebido de un lado á otro
gustando la fruta, [lado,
doblando la flor.

Ya el vuelo seguía de pájaro errante,
ya el ala brillante de insecto sutil,
ya el curso sonoro de inquieto arroyuelo
que rueda del suelo en el verde tapiz.

Saltaba y reía sin pena ni enojos,
gozaban sus ojos
la alegre visión,
sus tiernos sentidos la suave frescura
y el son que murmura
del aura veloz.

Vagaba contento, ¿qué importa por dón-
su infancia le esconde [de?
la negra verdad.
¿A qué preguntarla? Si es plácido el sue-
¿á qué con empeño [ño,
querer despertar?

TOMO I

La ruta siguiendo, los blancos jazmines,
la luz, los jardines,
llegaban allí;
ya el sol es ardiente, más duro el camino,
no hay ya peregrino,
plantel ni jardín.

Al paso que avanza por otra vereda
detrás de quien queda
la alegre región,
sentía en el pecho que, audaz caminando,
cobraba ganando
firmeza y vigor.

La Maga, amorosa, seguía ligera,
fantasma hechicera
vagando tras él;
más joven y hermosa conforme adelanta,
dejando su planta
detrás la niñez.

III

ADOLFO

¿Qué sitio es éste, señora?
¿Dónde estamos? Que si no
mienten mis ojos, ya es ésta
otra distinta región.

LA MAGA

Estamos, al fin, Adolfo,
en un país superior,
en donde nada caduco,
nunca imbécil vegetó.

ADOLFO

Y esos alcázares de oro
que se ven en derredor,
esos pensiles colgados,
esos bosques, ¿cúyos son?

MAGA

De una emperatriz hermosa
tan alegre como el sol,
en cuyos vastos dominios
no hay lágrimas ni dolor.
Vive en ociosos festines,
de blanda música al son,